

*Capitulo X**Nunca entendí por qué 33 pares de medias...*

Veinticuatro de diciembre, once y media de la noche, escucho a la enfermera llamarme en el pasillo de la sala. El interno de la guardia, pide que el residente de primer año baje a la sala de emergencias. Estaba por telefonar a casa. Oigo los petardos navideños y miro los fuegos de artificio, mientras camino el largo pasillo. Me duele la cintura, tengo hambre y tres frascos con hemocultivos en mi guardapalvo.

Un hombre tirado en la camilla, largo, con un pie afuera, el oxígeno por máscara que sopla tapando el jadeo y una enfermera luchando con las venas. Me entregan radiografías, análisis y un microvoltaje perdido en un electrocardiograma. Las yugulares le explotan y un azul sucio le cubre todo el cuerpo; la boca se abre con esfuerzo para que pase el aire, me mira y nada dice.

- *“No es para terapia ni coronaria, es un neo de pulmón con derrame pleural y pericárdico, fuera de toda chance; ponéle un suerito y desconéctalo... y apuráte, que en media hora brindamos”* – me informa el médico interno del hospital.

Habitación 438, el camillero casi vuela para depositar el paciente en la cama. En la puerta, esperan una mujer y dos nenitos de cuatro ó cinco años, callados, quietitos y asustados que me miran a los ojos. No entienden nada, pero sé que entienden todo. *¿Los dos son yo, cuando moría mi padre?* Si me agarra Freud, me interna.

Pericardiocentésis. Punzar y extraer el liquido alrededor del corazón ¡Pero yo nunca la hice!. Nadie me dará una mano. Saco el electrocardiógrafo del gabinete. Una enfermera se apiada, más de mí que del enfermo y aparecen una aguja de punción lumbar número dieciocho y una jeringa de cincuenta centímetros cúbicos.

El enfermo esta azul, azul tormenta y lo único que repito es *“... se introduce la aguja por el lado izquierdo del xifoides en ángulo de 45°, por vía subesternal y dirigida hacia el hombro izquierdo”*. Pero nunca hice ninguna. Nunca la hice y estoy solo. *¿Y si me voy?*.

Pero no... ya están azul la cama, las sábanas y la almohada. Todo es disnea y más disnea. *¿Y si repaso la técnica en el libro? ¿No había otra vía de abordaje?*. Abro la puerta y la cierro. Cuatro ojitos se clavaron en los míos, y escuché bajito: *¡El doctor!*. Claro, el doctor soy yo, pero... *¿por qué me tiembla el pulso y falta el aire? Nunca hice ninguna...*

Sale sangre. Vacío la jeringa una y otra vez. Las yugulares no están ya dilatadas. Después, punzar el derrame pleural fue más fácil. Explotan más petardos y el cielo se ilumina. Son las doce.

- *¿Respiras mejor, Julián?* – le pregunto ansioso
- *Sí... mucho mejor. Gracias* - (sonrisa linda y buena)

Aflojo. La placa de control llega a la una de la mañana. Todo bien. El enfermo está sentado y abraza a sus nenitos, que mastican un turrón que les llevó la enfermera.

- *¿Doctor, no quiere brindar con nosotros?* – me propone la enfermera.
- *Y sí... pero todavía no llamé a mi casa.* - respondo sin saber que hacer.

Treinta y uno de diciembre, veintitrés horas, me llaman a mi casa; es la esposa y los nenitos. Quieren agradecerme tener al padre con ellos. El veintiuno de enero me iré de vacaciones. Están felices todos en el día de Reyes. Un camión y una grúa multicolor son la causa.

Alquilo una casa en Santa Teresita, me iré el veintiuno. Me prometieron hacerle radioterapia antálgica en la columna. La morfina le hace efecto. El derrame aumentó. Salgo el veintiuno. Otro colega queda a cargo.

Vuelvo un tres de febrero y la cama esta vacía. A media mañana, veo en el largo pasillo llegar a la viuda. *“Fue el fin de año más lindo que pasamos”*, me cuenta que le dijo Julián.

Murió el veintiséis de enero. Era de ocupación viajante y comerciaba medias para hombres. Él último día, dejó dicho que me entregaran esa cantidad justa de medias.

Nunca entendí por qué treinta y tres pares de medias...